Veo un poste que pasa y se va hasta que veo otro poste que pasa y se va, pero nunca se va del todo, porque en la ida queda la estela. La estela es el poste en movimiento, el poste corrido, barrido, continuado en una línea de postes fantasmas que se paran entre poste y poste verdadero. El verdadero se continúa en varios fantasmas hasta que otro verdadero anuncia que hay algo real, después de todo. La hora es la del alba. A veces en lo alto de un poste hay un nido de hornero. Es la interrupción de la cadena que se arma en la secuencia de postes. Entre uno y otro (entre poste y poste) hay cables: electricidad. Cables negros que se tensan en lo alto y que dibujan una partitura de líneas que suben y bajan, como en una pantalla de monitor electrocardiográfico.

Veo un poste que pasa y se va hasta que veo otro poste que pasa y se va mientras en el cielo, que hasta recién era oscuro y era límpido, se abren unas grietas que lo resquebrajan como un pollo resquebraja la cáscara de un huevo cuando está maduro para salir de ahí; es el sol oculto por las nubes que se está escapando por los intersticios, unas pequeñas junturas que se han rasgado y entonces ahora el sol se cuela y los rayos se extienden en haces de luz anaranjada que llega hasta mis ojos como las gotas de sudor que le saltan a los personajes de caricatura cuando están sudorosos o pasan por un momento de gran nerviosismo, o como el enojo divino del entrecejo profundamente pronunciado de Dios, que es el padre de Jesucristo, aunque a fin de cuentas padre e hijo son la misma gran persona que es Jesucristo Nuestro Señor, que Desde Allí ha de Venir a Juzgar a Los Vivos y a Los Muertos. Jesucristo. Jesucristo. Jesucristo, yo estoy aquí, digo en secreto. Cuánta violencia para amanecer, pienso, y vuelvo a las líneas negras que suben y bajan y siguen, en un recorrido siempre igual, pero con trampas.

Veo entonces la nuca de mi padre. Mi padre, el que conduce el auto. El pelo prematuramente blanco baja con ondas hasta el cuello. La cabeza está apenas ladeada hacia la derecha, en un gesto natural que yo repito. El asiento es erguido. Mi padre es erguido. Maneja rápido, pero con cuidado. Yo le tranco el botón de la puerta. Ahora sí, está a salvo. Yo también, porque mi padre no caerá a la carretera, y yo seguiré teniendo padre porque él no caerá. Miro el perfil y la nuca de mi madre, que mira a mi padre mientras le alcanza con cuidado un mate. Lo mira de reojo y vuelve a mirar al frente, con un gesto vago de desaliento. En la radio se escucha el noticiero. El locutor me asusta. Habla de cosas como si las cosas fueran las últimas, como anunciando un estado permanente de alarma, como quien dice hoy hay toque de queda porque viene un terremoto, o alarma, no salgan de sus casas porque se avecina lo peor. El nervio de su voz me estremece. Pero no dice toque de queda ni habla de nosotros. Dice ministro, declaraciones y punitiva. Pienso en punitiva mientras intento encontrar acomodo en el asiento que es chico para nosotros cuatro. Nosotros cuatro somos hermanos. Ahora voy en la ventanilla. Es una suerte. No sucede con frecuencia, porque soy hermana del medio y las hermanas del medio nunca van en ventanillas. Pero el viaje es largo y mis padres resolvieron sortear los lugares, para que no gritáramos y no los molestáramos, porque es peligroso. Nadie quiere que choquemos, ¿verdad?, entonces tranquilícense y cállense la boca. Entonces yo estoy en la ventanilla, pero a no ilusionarme, porque dentro de doscientos kilómetros iré a parar al medio, que es mi lugar, de donde nunca debí haber salido.